

Danubio, el Ganges y el Plata; África, Europa, Asia y América están allí simbolizadas en masas de mármol, que forman un conjunto imponente, un escollo, de cuyas cavidades salen figuras gigantescas, y sobre el cual se alza un obelisco de cerca de cien pies, inmensa aguja de piedra de la época de Domiciano, que Majencio hizo colocar en el circo que llevó el nombre de su hijo Rómulo, junto á la via Appia. Enfrente á la iglesia de Santa Ines, verdadera joya del arte y de las artes, la cruz griega más linda, que ha producido la arquitectura en el siglo XVII, y al palacio *Pamphili*, que le es contiguo, obras ambas, como la Fontana famosa, debidas al Pontífice Inocencio X (*Pamphili*), se ve cerrado y próximo á ruina el antiguo templo español de Santiago, que fué mucho tiempo nuestra iglesia nacional: á ella van unidos recuerdos gloriosos, no sólo para España, sino para la cristiandad. Aquella fué la primera morada de San Ignacio de Loyola y luego de Lainez; allí idearon y constituyeron asociaciones de beneficencia y caridad, que hijos insignes de nuestra patria han protegido y acrecentado siempre en la capital del orbe católico. El cardenal Torquemada instituye las dotes de doncellas huérfanas: los piadosos navarros Fernando Ruiz, clérigo, y Ángel Bruno, juntamente con su hijo Diego, fundan en 1558, el primer hospital de locos en Roma conocido, á cuya obra no tarda en asociarse el P. Lainez, segundo general de la Compañía de Jesus, y más tarde el cardenal español Cueva: hoy aquel benéfico establecimiento forma parte del gran hospital de San Spirito, en el Borgo: Sebastian Arias unirá su nombre al hospital de San Juan Calabita, en Trastevere: el aragones José de Calasanz abrirá las escuelas pías; por todas partes las armas de España simbolizan una casa de caridad ó un asilo de la sabiduría. El hospital de Santiago, que estaba unido á la iglesia de Piazza Navona, fué fundado, en 1450, por D. Nicolas Pardiñas, obispo de Ciudad Rodrigo, para albergue de todos los peregrinos españoles y para los enfermos y heridos.

Veinte sacerdotes españoles formaban á manera de un cabildo, que gozaba muchas preeminencias y obvenciones. Una hermandad de españoles, bajo el título de la Resurreccion, cui-

daba de recoger en los hospitales y traer al suyo á los peregrinos y enfermos españoles: son curiosas las noticias que se conservan de la solemne procesion que en el dia de la Pascua hacia esta hermandad, *al reir el alba*, por la plaza Navona: un legado piadoso del dean de Cuenca, D. Constantino del Castillo (1597) encomendaba á la confraternidad la distribucion de catorce dotes á doncellas pobres, que otros legados de ilustres compatriotas nuestros aumentaron hasta veinticuatro.

En la iglesia, que el Papa Alejandro VI reedificó, hubo muchos y notables monumentos españoles, entre ellos el del gran teólogo toledano Pedro Chacon, que murió en 1581. Todo cuanto pudo trasportarse, al creer que la fábrica amenazaba ruina, de altares, ornamentos, cuadros, sepulcros y aun del pavimento, que era precioso, todo fué llevado á la iglesia de Santa María de Monserrat, hoy nuestra única iglesia nacional en Roma, junto al palacio Farnese. Fué fundada en el siglo XV por catalanes y aragoneses, que la pusieron bajo la advocacion de la Estrella bendita de sus montañas. Érale anejo un hospital, que instituyeron en 1350 dos ilustres damas catalanas, Jacoba Ferrandez y Margarita de Mayorca: el emperador Carlos V lo dotó prodigamente, y otros muchos legados de españoles han ido acrecentando las rentas del piadoso establecimiento, al cual está unido el de Santiago, y en el que los pobres peregrinos de nuestra nacion hallan el refugio y los socorros determinados por la caridad de los fundadores, proseguida y aun sobrepujada por la de los reyes.

De un libro escrito en español sobre las antigüedades de Roma, é impreso en esta ciudad el año 1598, copia Martinelli las siguientes palabras á propósito del hospital de Monserrat: « En el tiempo de Urbano Papa VI, año 1381, era hospital de catalanes, de la invocacion de San Nicolas; y en el año 1506, en tiempo del Papa Julio II, á los veintitres de Junio, juntados en la iglesia del Pozo Blanco los de la dicha nacion catalana, aragonesa y valenciana, tomaron la invocacion de dicha Santa María de Monserrat. »

La iglesia española de este título es de regulares y no grandes proporciones, pero está espléndidamente adornada; quizá

es excesivo el lujo de sus mármoles y adornos dorados, como acontece en muchas iglesias de Roma: su arquitectura es de Antonio San Gallo; la fachada, de Volterra, quedó sin concluir, y así estuvo imperfecta uno y otro siglo, hasta que estos últimos años se llevó á cabo la obra.

La parte interior consiste en una ancha nave, con tres capillas á cada lado, y una mayor con tribuna en el fondo: pilares corintios istriados sostienen la cornisa, sobre la cual se apoya la bóveda, rica como las paredes, no sólo en pinturas, sino en adornos de claro-oscuro, que resaltan sobre fondo dorado. En las capillas, ricas de mármoles y estucos, todos, puede decirse, son recuerdos españoles: el San Diego de Annibal Caracci, el San Ildefonso, la Virgen con Santiago y San Vicente Ferrer, muchos otros cuadros, señaladamente los alusivos á misterios de la Madre de Dios, pertenecen, sin duda, á pintores compatriotas nuestros, que no han dejado sus nombres en los lienzos respectivos, y á fe que el de la Concepcion pudiera formar por sí solo el crédito de un artista. Los dos coros del arquitecto español Laviña, en uno de los cuales está el gran órgano de Santiago, son modelo de elegancia arquitectónica. La estatua del Santo Patron de España, que está en la primera capilla de la izquierda, es una de las primeras obras que ejecutó el Sansovino, y positivamente una de las mejores estatuas que ostenta el arte moderno. Un cuadro al fresco, en la capilla de Monserrat, representa á San Raimundo de Peñafort, navegando sobre su manteo desde Mallorca á Barcelona; otra figura el martirio de la niña española Santa Eulalia, crucificada á los doce años de edad. La memoria sepulcral del embajador don Antonio de Vargas, muerto en 1824, y su retrato en bajo-relieve, son bella muestra del talento artístico del escultor heredero, uno de los pocos herederos de las glorias de Canova: otro pequeño monumento, tambien con retrato en bajo-relieve de Félix de Aguirre, debido al cincel de Solá, presidente que llegó á ser de la Academia pontificia de San Lúcas, da claro testimonio de que nuestros artistas de este siglo han sabido mantener dignamente en Roma la tradicion gloriosa de la patria de Alonso Cano y de Montañés. Detras del altar mayor de

esta iglesia están en sus tumbas, esperando más digno depósito los restos mortales de los dos Papas españoles Borgias, Calixto III y Alejandro VI. La iglesia y el anejo hospital de peregrinos y enfermos, á cargo una y otro de capellanes españoles, se sostienen, como ya hemos dicho, con rentas propias, bajo la inspeccion del Embajador de S. M. C.

Muy cerca de Santa María de Monserrat está el palacio Farnese, el más bello de la Roma moderna, tipo severo de la buena arquitectura italiana, que así dista de la sombría rudeza de los palacios florentinos, como del barroquismo y el lujo de adornos de otras análogas construcciones en Nápoles, Génova, y aún en la misma Roma. Antonio San Galo, Vignola y Miguel Ángel pusieron manos en la direccion de esta inmensa fábrica, dado gigantesco, que se asienta junto al campo *di Fiori*, dando la espalda al Tiber y la frente á una plaza grandiosa, que adornan dos fuentes, cuyo caudal recogen sendas urnas de granito egipcio de las termas de Caracalla. Las bellas artes y las antigüedades brillan por todas partes en este palacio, digno de la grandeza del Papa Paulo III. En el vestíbulo y atrio, cuya decoracion ofrece, como el coliseo y como el teatro de Marcelo, los tres órdenes de arquitectura, se conserva todavía el sarcófago que encerró las cenizas de Cecilia Metella, cuyo mausoleo redondo, casi arruinado, está sobre la via Appia. Los más preciados objetos del museo Borbónico de Nápoles, el grupo de la Dirce y el toro, el Hércules, la Flora y muchos otros correspondieron á este palacio y á la familia Farnese, pasaron á la casa real de Nápoles como herencia de la augusta princesa Isabel de Farnesio, mujer de Felipe V y madre de nuestro rey Carlos III. La galería, de 90 palmos de longitud por 28 de anchura, pintada al fresco por Carracci, pasa por ser, despues de las salas del Vaticano, la obra más insigne de pintura mural que en Roma se conoce: el pensamiento, que el artista desenvuelve en aquellos interminables muros, es una especie de tratado del amor conforme á las doctrinas platónicas: otra cámara del mismo palacio ofrece frescos del mismo autor, y en la gran antecámara están figuradas por otros pintores como Vasari y los Zuccheri las hazañas de Alejandro

Farnese, el valeroso caudillo de las tropas españolas en las guerras de Flándes. Bellori se lamenta de que para el Alejandro romano no se vea el Apéles en aquella estancia destinada á publicar sus victorias.

No léjos del palacio Farnese, respetable monumento por su grandeza arquitectónica, por su escuela de pintura boloñesa y por la augusta y bien sobrellevada desgracia, á que sirve de asilo, está el palacio Spada, entre cuyas antigüedades y objetos de bellas artes, que abundan, merece especial visita la estatua colosal de Pompeyo, que estaba en su curia, y junto á la cual, en los idus de Marzo del año 45 ántes de la era cristiana, cayó Julio César asesinado: dejóse ver esta obra singular tres siglos hace entre los escombros de construcciones vecinas al teatro y curia de Pompeyo (Vicolo de *Scutari*), tendida y maltrecha, en terreno perteneciente á dos dueños: aquel en cuya propiedad descansaba la cabeza, parte principal del cuerpo humano y principalísima en una estatua, reclama el derecho á la totalidad: el de la tierra, en que reposaba el tronco, pedía la estatua á título de dueño de la mayor parte: llevada la cuestion al tribunal, habia ya el juez dictado una sentencia de segunda decapitacion contra el gran capitán romano, cuando, sabedor el Papa Julio III de tan absurda y antiartística resolucion, compró la obra por 500 escudos, que los litigantes se repartieron, y la regaló al Cardenal Capodiferro, dueño y morador entónces del palacio en que se halla. La vista de aquella estatua colosal, desnuda, con el globo en la mano, despierta recuerdos verdaderamente amargos de la historia, casi siempre igual, de las flaquezas humanas. Julio César, al recibir en sus manos la cabeza yerta de Pompeyo, traída de Egipto,

..... *Lacrymas non sponte cadentes*
Effudit, gemitusque expressit pectore lato,

dice nuestro Lucano con cierta delectacion poco benigna; Pompeyo, testigo mudo, frio, marmóreo de la catástrofe de Julio César, parece responder con una sonrisa cuasi imperceptible á aquella alegría de su rival, disfrazada de dolor y fundida en mentiroso llanto.

Las cercanías del antiguo circo de Alejandro Severo (plaza Navona) abundan en monumentos religiosos y profanos, señaladamente en iglesias notables, como si la Roma cristiana se hubiera propuesto purificar de esta suerte la region, en que la Roma pagana multiplicó los edificios consagrados al deleite y á la vanidad.

La iglesia de Santa María de la Paz, la del pórtico semicircular de columnas dóricas, edificada por Sixto IV y embellecida por Alejandro VII, tiene entre su quizá excesiva riqueza de mármoles, pinturas y adornos dorados, una obra maestra de Rafael de Urbino; las cuatro Sybilas, la cumana, la pérsica, la frigia y la tiburtina, pintadas al fresco sobre el arco de la primera capilla á la derecha (capilla *Chigi*); Rafael decoró aquel muro en el año 1514: húmedos todavía los pinceles que habian trazado el Heliodoro y la excarcelacion milagrosa de San Pedro en una cámara del Vaticano, Rafael pintó las Sybilas, coincidiendo con Miguel Ángel en la grandiosidad, y sin perder de la belleza y el encanto que constituyen su primer estilo; el estudio atento de las Sybilas de la Paz y de las Sybilas de la capilla Sixtina trae pronto al ánimo el convencimiento de que Rafael no abandonó jamas su manera propia por lanzarse á la imitacion de Buonarroti: si en la *Galatea* de la Farnesina, encomendada en el mismo año y por el mismo banquero Chigi, el gran pintor de Urbino aparece más esclavo de la forma y más imitador de los monumentos griegos, sobre que mucho influye en el desempeño de la obra la calidad del asunto, ha de considerarse que esa misma diferencia entre la dulce severidad de las *Sybilas* y la ligereza algo pagánica de la *Galatea*, obras contemporáneas, demuestra la admirable flexibilidad del gran genio artístico, en cuya abundante inspiracion cabian todos los estilos, siempre subordinados á aquel principio fijo de belleza, á aquella *cierta idea* que Rafael tenía en la cabeza, segun sus propias palabras, para suplir á los buenos jueces y á los buenos modelos que le faltaban.

En el pórtico curvo de Santa María de la Paz dejó acreditada su fama de arquitecto Pedro de Cortona: á su reputacion

de pintor contribuyó con justicia la bóveda de Santa María *in Navicella*, que los romanos llaman la *Chiesa Nuova*. Cortona y Maratta, con otros pocos artistas del siglo XVII, mantuvieron en Roma las buenas tradiciones de la escuela de Rafael y de los maestros del 1500, luchando con valor contra la corriente impetuosa del mal gusto, que todo lo atropellaba.

La *Chiesa Nuova*, construida á fines del siglo XVI, es grande y está adornada con lujo y tiene cuadros de Rubens; pero su principal atractivo ha de buscarse en la memoria que encierra de uno de los varones más insignes que han vivido en la Roma de los Papas: aquélla fué la vivienda de San Felipe Neri, el apóstol de los tiempos modernos, amigo de San Ignacio y de San Francisco de Borja y de Lainez, el maestro de Baronio y de tantos otros sabios y esforzados defensores de la doctrina católica en los días del error desencadenado, y de la impiedad y la anarquía triunfantes por el Septentrion de Europa.

La cercana iglesia de Santa María *dell' Anima*, iglesia nacional de los alemanes, merece ser visitada por los españoles, porque en ella está el monumento sepulcral del Papa Adriano VI, obispo que fué de Tortosa, y sabio maestro del Emperador Carlos V: de este Pontífice, ejemplar por su ciencia y santidad, dice con razon el epitafio: *Hadrianus VI hic situs est, qui nihil sibi infelicius in vita duxit quam quod imperaret.*

En el Campo Marcio (junto á la plaza de la *Scrofa*) hay otra iglesia nacional, San Antonio de los Portugueses: entre sus monumentos se ve el sepulcro del ilustre español Martin de Azpilcueta, el Dr. Navarro, defensor del arzobispo Caranza: murió en Roma, el año de 1586, á los noventa y cuatro de edad.

Sobre una parte de las ruinas del circo Alejandrino descansa hoy la modesta iglesia de San Pantaleon, que guarda en la urna de pórfido de su altar mayor el cuerpo de San José de Calasanz, el español ilustre á quien se debe la institucion de las Escuelas Pías, á principios del siglo XVII: anejas á esta iglesia están las humildes habitaciones en que el Santo vivió y murió; la escuela en que enseñaba todavía está abierta; los hijos de Calasanz, en Roma como en España, son los pedago-

gos más cariñosos y modestos, infatigables bienhechores de la familia y de la humanidad.

Desde Santa María de la Paz y el *Monte Giordano* (colina artificial, donde estuvieron las casas del famoso Giordano Orsini, ahora palacio *Gabrielli*) hasta la *Via Papale* hay otras muchas iglesias, cuyas cúpulas se levantan por toda aquella region. Entre los palacios, justo es citar el *Braschi*, de la familia del Papa Pío VI, inmensa fábrica de piedra, con tres fachadas y una gran escalera de mármol, digna de alcázar de reyes. En un ángulo de este palacio, á espaldas de la plaza Navona, se apoya todavía, mutilada é informe, una masa de piedra que fué estatua y de excelente labor: su nombre *Pasquino*, por el de un sastre zumbon y maleante, que, segun dicen, habitaba allí siglos pasados, se ha transmitido como significacion de todo epigrama ó libelo que con mano oculta se fija en un lugar público. El *Pasquino* que vemos en tan deplorable estado, Menelao en otros tiempos, formó parte, sin duda, de un magnífico grupo de escultura griega, reproduccion en mármol de un interesante asunto de la *Iliada*, que adornó quizá el teatro de Marcelo. Antiguamente á *Pasquino* solia contestar *Marforio*, otra estatua del Océano que estuvo al pié del Capitolio (*In Martis foro*); hoy *Marforio* yace en el patio del museo Capitolino, y el diálogo es imposible.

X.

Hé aquí el itinerario de la multitud elegante y afeminada que llenaba los paseos de Roma en los tiempos de Horacio y de Marcial. Desde el pórtico de Octavia al de Philipo; desde éste al Corintio; del pórtico Corintio al de Pompeyo y al Hecatónstilon; despues, siguiendo los jardines de Agrippa, al pórtico del Buen Suceso, así llamado por la proximidad al templo de aquel nombre; de allí á la plaza del Panteon, para dirigirse, ya hácia el pórtico de Neptuno, ya hácia el *Gnomon* y el *Mausoleo*.

Al pórtico de Neptuno, ó de los Argonautas, pertenecieron, segun arqueólogos muy acreditados, las once columnas corintias, istriadas, de mármol blanco, que hoy en la plaza de Pietra forman la fachada de la Aduana de tierra, si bien otros, más rigoristas en la apreciacion de los estilos, opinan que su verdadera data es de la época de Marco Aurelio, ó á lo sumo de Adriano; en cuyo caso pudieron corresponder á un templo erigido en aquel lugar despues del horrible incendio del año 80, en que perecieron ó se deterioraron gravemente obras como los templos de Isis y Serapis, el de Neptuno, el de Júpiter Capitolino, las *Septa*, las termas de Agrippa, el *Pantheon*, los teatros de Balbo y de Pompeyo, la casa de Augusto con su templo y las bibliotecas. El imperio de Tito fué y será tristemente memorable en la historia por este incendio de Roma y por la inmensa catástrofe de Herculano, Pompeya, Stabia, Retina y otras ciudades, sepultadas, el año 79, bajo la ardiente lava del Vesubio.

Pero, si el templo de las once columnas corintias, hoy empostradas en un edificio de prosáico destino, no puede con certeza adjudicarse á Marco Aurelio, nadie, en cambio, pone en duda el verdadero destino de la columna famosa, que recuerda, las glorias militares de aquel Emperador.

Construida la columna (*Colonna*) que da nombre á una plaza y á una region de Roma, á imitacion de la de Trajano, ofrece, como ésta, en interesantes bajo-relieves, que forman una faja espiral en toda su longitud, los sucesos principales de las guerras de Marco Aurelio Antonino, en el centro de la Germania, contra los Marcomanos. Ya otra vez lo hemos dicho, siempre que en el trono de Roma se sienta un hombre de superior inteligencia, luégo al punto vuelve la mirada hácia las orillas del Danubio, de donde principalmente han de venir las oleadas que inundan y destruyan el imperio. La escultura de la columna coclide de Marco Aurelio es inferior á la de Trajano: el arte, que habia dado tan vivos resplandores en la época de aquel emperador español y de su sucesor Adriano, se debilita y obscurece rápidamente, como lo muestran las labores de ambas columnas. Pero, si en el mérito artístico

de los bajo-relieves aventaja la de Trajano á la de Marco Aurelio, de cierto no le es superior en importancia histórica: aquélla tiene escrita en su fuste la epopeya de las guerras clásicas; ésta tiene escrita la epopeya de las guerras contra Quados, Marcomannos y Sármatas: y ésta, además, ofrece un recuerdo verdaderamente glorioso para el cristianismo: el Júpiter Pluvio, que aparece salvando al ejército romano de una muerte cierta y horrible, por medio del prodigio de una lluvia, que siendo de piedra y fuego para los enemigos, era de agua purísima para las sedientas legiones de Marco Aurelio, es ni más ni ménos la interesada traduccion al simbolismo pagano y á la fiesta del Aquilicio, de un hecho que la historia atribuye, y el mismo Emperador atribuyó, á los ruegos y oraciones de la legion Melitina, llamada tambien *Fulminante*, compuesta en su totalidad de cristianos, legion modelo de disciplina y de valor. Tertuliano, recordando este suceso, exclamaba: «¿Quién no sabe que las grandes sequías ceden á vuestros ayunos y á vuestras oraciones? El pueblo entónces canta las alabanzas del Dios de los dioses, del solo omnipotente; y si quiera sea bajo el nombre de Júpiter, á vuestro Dios y Señor es á quien rinde homenaje.»

La columna de Marco Aurelio es más alta que la de Trajano, y tambien por escalera interior puede llegarse hasta la meseta ó balcon de la cumbre: una y otra columna fueron restauradas por el Papa Sixto V, de quien dice el Conde de Maigny que es el más grandioso de los poetas, porque canta las glorias de la Iglesia por medio de palacios, de obeliscos y de columnas. La de Trajano sostiene la estatua de San Pedro. La de Marco Aurelio ostenta, á ciento ochenta palmos de altura, la estatua de San Pablo, que mira al Vaticano.

Detras de *Piazza Colonna* está Monte Citorio, prominencia formada sobre las ruinas del anfiteatro de Statilio Tauro; la antigua *colina*, segun otros pretenden, adonde subian los candidatos de los comicios por centurias, para exhibirse á los ciudadanos concurrentes á las vecinas *Septa Julia*, que ocupaban el espacio, que hoy llenan el magnífico palacio Doria y Santa María *in Via Lata*, de aquella circunstancia que le dió el nombre